



REVISTA DE INSTRUCCIÓN, MORAL Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

Año V.

Madrid 15 de Octubre de 1882

Núm. 96

SUMARIO

I. Un paralelo. — II. El otoño. — III. Reyes de España amantes de las letras. — IV. A Santa Teresa de Jesús en su Centenario. — V. San Agustín. — VI. La ambición. — VII. Pensamientos de Santa Teresa. — VIII. El regalo de este número. — IX. La caída. — X. Episodios bíblicos. — XI. La merced y el agradecimiento. — XII. Las edades.

UN PARALELO

No podemos resistir á la tentación de criticar lo ciegamente que se consagran los jóvenes sin fortuna al estudio de las profesiones, para llegar después á mendigar un destino; un destino público, que es lo mismo que no tener nada en estos tiempos de inestabilidad y de avaricia, ó un destino de particular, mediante oportuno anuncio que en *La Correspondencia de España*, por ejemplo, pone entre los de las nodrizas, para procurarse una peseta. Y el que solicita es un licenciado *in utroque* que pasa por su desacierto, ó por lo que sea, á servir de pendolista en un almacén de cok, mediante esos cien céntimos de peseta, ó sea la propia unidad mo-

netaria, con la cual ha de pagar casa, plato y vestido.

El vestir levita, más ó menos ceñido, con el sombrero más ó menos alto, alucina á la juventud y engaña miserablemente á los padres tolerantes; pues andando los meses, después de haber sacrificado los años más floridos y los ahorros de sus mayores, se encuentran con un título, lo cual no es difícil, porque tales cosas no se niegan ya á nadie, ni á los más desgraciados de inteligencia, caballeros que todos conocemos, que adornan con esa clase de apodos sus tarjetas y despachos; pero ¿qué sucede?

Que el novel letrado, á pesar de su retorcido bigote y del brillo del nuevo traje que le hicieran para recibirse, llega al fin á morir de hambre, aunque sofoque mucho su magín para adquirir clientela, pues persuadido el mundo positivista de lo caros que son los tribunales, ya no salen pleitistas á la palestra, de aquellos que por la defensa de una simpleza escrita en pergamino, sacrificaban antes cien herencias y otras tantas afecciones de familia.

Y todo por vestir á lo caballero, siquiera

tengan que amoldar á su lastimera efigie el gaban con que se casara su principal, el chaleco rameado de su tío, hacendado en una de las villas de Extremadura, los pantalones carcomidos por el lodo que ya desechara un su amigo de la infancia, de los pocos que recuerdan la amistad, cuando empobrece, siquiera sea para donarla, deprimiéndola, lo que ya no le aprovecha.

Pero en cambio es un letrado sabio á la moderna; ha llegado á la mayor edad, por más que no le convenga emanciparse de la casa paterna, si la tiene, perder el cariño de los tutores y curadores, si tuvo en algún tiempo algo que curar, ni la familiaridad de los más lejanos parientes, por aquello de que, si llega con oportunidad, lo cual procura con empeño, almuerza en una casa, come en la otra, y cena en la de más allá, aprovechando, de paso, algún pitillo que yace indolente debajo de la mesa.

Es letrado (ó médico ó boticario pero médico sin enfermos y boticario sin farmacia, que viene á ser lo mismo que abogado sin pleitos, y no crean los lectores que me inspiran tedio

los jurisconsultos por la pérdida de alguna querella en juicio, pues he procurado siempre conservar el mío incólume, antes que arriesgarme á empresas temerarias), es letrado, digo, viste de largo, aunque coma *corto* y desde lejos vea la cobriza fisonomía de las monedas decimales, que son las que más simpatizan con el pueblo.

Pero así y todo tose firme delante de los desconocidos, habla con frecuencia de fabulosos negocios y empresas mercantiles, acaso de su vecino triunfo en las córtes cuando manden *los suyos*; ofrece para entonces protección á diestra y siniestra, y entretanto conversa democráticamente con mangueros y otros empleados de villa, muy de madrugada, porque una tirana patrona le negó el acceso á su cuarto, mientras no encuentre los tres duros que le cuesta al mes un catre de tijera y el lavado de la camisa.

Supongo que mis lectores recordarán, porque le conozcan de cerca, alguno de estos tipos; alguno de estos *aventajados* profesores; tal vez tendrán algún pariente parecido; pero si hubiera alguno entre nuestros constantes favorecedores tan afortunado que no le tuviera ni que haya sido perseguido *sable en mano* por uno de ellos, lamente lo que pasa por el interior de esos seres que discurren por las aceras á todas horas del día y de la noche, porque no tienen familia ni hogar, con el cuello de la americana subido hasta las transparentes orejas, para ocultar que carecen de chaleco ó ropa interior, siempre macilentos y escuálidos, cobardes por la necesidad y abatidos por los desvíos continuos de propios y de extraños.

¡Ah! comparar, mis queridos lectores la fisonomía triste de ese letrado que viste levita, el corazón de ese sér afligido por el infortunio, con la franca alegría de los artistas y de los obreros que triunfan satisfechos de su trabajo, robustos é independientes en el día de fiesta.

El artista, el obrero, no tiene pretensiones de ser diputado, ni de obtener siquiera una credencial en oficina pública; pero tiene la convicción de su propio valer, tiene asegurado un modesto hogar, disfruta la paz de la familia, presenta erguida la frente, no vive á expensas de nadie, y es hombre; es decir, come y viste lo que gana, es independiente; ni tiene que cometer bajezas, ni avergonzarse á la presencia de parientes ni de amigos.

Pues bien, medita con detenimiento el paralelo, y deplora la ceguera de aquellos que por llamarse señores, llegan en casos dados á perder las facultades y caracteres distintivos del hombre.

José NOVI y PEREDA.

EL OTOÑO

¿Veis qué tristes van muriendo lentamente,
Cómo doblan la arrugada y mística frente
Cuantas flores
Con aromas y colores
Eran gloria de la verde soledad?
¿Veis qué triste se ha quedado el bosque umbroso,
Cómo ruedan con sonido temeroso
De congojas,
Ramos, frutos, flores y hojas
Que arrebató en remolino el vendabal?..
*Pues más tristes son las almas de los pobres,
Porque miran que el invierno viene ya.*

—
¿Veis qué triste de la tórtola el arrullo
Se confunde con el lúgubre murmullo
De los montes,
Y los negros horizontes
Cómo anuncian la cercana tempestad?
¿Veis qué tristes por la atmósfera á bandadas
Avecillas se atropellan asustadas
Revolando,
Y con ayes entonando
De las flores el sentido funeral?..
*Pues más tristes son las almas de los pobres
Porque miran que el invierno viene ya.*

—
¿Veis qué triste de los mares nace ahora
Reclinada en nubes pálidas la aurora,
Y qué fría
Es la luz de medio día
En los campos, en la aldea, en la ciudad?
¿Veis qué triste cruza el sol el firmamento
Injurado por las ráfagas del viento
Y al ocaso
Llega al fin con débil paso,
Como un héroe ya cansado de luchar?..
*Pues más tristes son las almas de los pobres,
Porque miran que el invierno viene ya.*

—
¿Veis qué triste viene el pastor por la montaña
Que del cielo tibio rayo apenas baña,
Cuál padece
Porque de hambre y sed perece
El rebaño que juntó con sumo afán?
¿Veis qué triste y silenciosa está la aldea,
Cómo salen de la tosca chimenea
Del labriego,
Humo y chispas que echa el fuego
Calentando á la familia en el hogar?
*Pues más tristes en otoño están los pobres;
Cuando llegue el crudo invierno ¿qué será?*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

REYES DE ESPAÑA

AMANTES DE LAS LETRAS



os Reyes de España, aunque han sido sabios y discretos, han tratado más cosas de guerra que de letras, y así creo que se hallaron pocos que hayan sido letrados.

Los primeros reyes que en España conocemos son los godos, gente belicosa y bárbara, como se pareció por la destrucción que en Italia hicieron en todo género de buenas artes. Verdad es que, entrados en España, perdieron mucho de aquella fiereza y procuraron deprender letras, como se entiende por los Concilios toledanos.

Después de perdida España, ocupados en cobrar sus tierras, sólo su ejercicio fué el de las armas. De los tiempos más antiguos no se

sabe otra cosa sino lo que en el Beroso de Juan Anio Viterbo se dice, lo cual no tienen por auténtico los hombres doctos.

En aquellos primeros tiempos, que debieron de ser 1.105 años antes del nacimiento de Cristo, dice Justino que hubo un rey que se llamó Habidio, de cuyo nacimiento y crianza cuenta maravillosas cosas: éste dice que, andando las gentes de España como fieras por las noches, los redujo á siete ciudades, donde puso Audiencia, dándoles leyes y orden de vivir. Enseñóles el uso de sembrar trigo y domar los bueyes con arado, y todo género de buena policía, ordenando que la gente popular tuviese los oficios mecánicos, y los nobles las judicaturas y gobernaciones. Su abuelo de éste, á quien nuestras historias llaman Gorgoris, y Justino Targoris, había enseñado antes el uso de coger las abejas en colmenas y sacar la miel, de donde le llaman por sobrenombre Melícola.

Reyes godos

Después que faltaron aquellos antiguos Reyes, España, dividida en muchos señoríos, no solamente tuvo Rey particular, mas fué señoreada de diversas naciones, hasta que después los godos se enseñorearon de ella quitándola á los romanos, cerca de los años del nacimiento de Nuestro Señor de 400, ó algo más. Entre éstos, aunque, como dije, eran bárbaros, el rey Teodorico, ostrogodo, que, mientras su nieto Amalarico tenía edad, fué muchos años Rey en España, parece que fué letrado, por las cartas elocuentes que de él se hallan escritas, y la buena gobernación que en Italia y España tuvo.

Recaredo, hijo del rey Leovigildo, que reinó cerca de los años del Nacimiento de 585, parece haber sido enseñado en letras, porque los autores que escriben la vida de San Isidoro, dicen que tuvo por maestros á sus tíos San Leandro y San Isidoro, y particularmente refieren que, estando San Isidoro recogido en un aposento donde muchos años le tuvo encerrado su hermano San Leandro, Recaredo iba ordinariamente á visitarle, y por una ventana oía su lición y se informaba de muchas cosas tocantes á letras. Fué este glorioso Rey el que, estando los godos de España inficionados de la secta arriana, los redujo á la fe católica, y así Isidoro, en el *Cronicón*, dice de él estas palabras: *Recaredus doctrinis Leandri et Isidori instructus*.

Sisebuto, que reinó el año del Nacimiento de 612, fué muy buen príncipe y docto en letras, según San Isidoro dice en el mismo *Cronicón*, sus palabras son éstas: *Sisebutus fuit eloquio nitidus sententia doctorum, scientia literarum magna ex parte imbutus, in judicio justitia et pietate strenuus in belicis quoque documentis et victoris clarus*. El mismo San Isidoro le dedicó una obra, que tituló: *De astris coeli*, ó *De naturis verum*, con prólogo, cuyas letras son estas: *Domino, et filio Sisebuto Isidorus: Dum te praestante ingenio, facundiaque, ac vario flore literarum non nesciam, impendis tamen amplius curam, et quaedam ex verum natura et causis a me tibi flagitas sufraganda*. Dan testimonio también de su doctrina algunas obras que el mismo Rey escribió, las cuales hasta hoy se

conservaron en algunos libros antiguos en letra gótica, como son: la *Vida de San Desiderio martir*, escrita en latín; dos cartas en la misma lengua, una á Eusebio, obispo de Barcelona, á quien manda deje el obispado, porque permitió representar en el teatro de aquella ciudad cosas profanas y gentílicas; la otra á dos hombres principales, *Theudila* y *Sandrimiro*, las cuales yo ví en el libro de los Concilios de San Millán de la Cogolla, y estaba en poder del Rmo. D. Pedro Ponce, obispo de Plasencia, y ahora está en San Lorenzo el Real. Parece que supo este Rey de poesía, porque la postrera carta acababa en versos exámetros y pentámetros.

Chindasvinto, que reinó cerca de los años del Señor de 643, parece haber sido hombre docto, por la diligencia que puso en buscar libros de santos doctores, que hizo traer á su reino, principalmente los morales de San Gregorio, que, habiendo sido escritos á instancia de San Leandro, y enviados por San Gregorio á España, se habían perdido, como lo escribe el arzobispo D. Rodrigo, y muy más largo Jayo, arzobispo de Zaragoza, á quien el Rey envió por ellos á Roma, adonde también, habiendo poca noticia de ellos, se hallaron por milagro.

Recesvinto, que sucedió á su padre Chindasvinto cerca de los años del Señor de 652, parece también haber sido hombre docto, por lo que San Ildefonso, en su *Cronicón*, escribe de él que tenía por costumbre leer los libros de la Biblia, y holgaba preguntar cosas de ella y oírlas disputar. Fué estudioso y de devoción con San Juan Bautista, al cual, según escribe Paulo Diácono, los godos tuvieron por Patrón; parece eslo por la Iglesia deste Santo, que hasta hoy día hay en Baños, lugar de Castilla la Vieja, edificada por este Rey, como lo testifica el letrado que en ella está.

Reyes castellanos

De éstos no sé otros de quien se pueda decir que tuvieron alguna doctrina, sino los siguientes:

D. Alfonso el Sabio, testimonio sobre el libro de astrología compuesto por él, que se llama *Las Tablas de Alfonsil*, estimadas tanto de los astrólogos; los volúmenes de *Las Partidas*, por donde se gobiernan estos reinos; la historia general que compiló, y otras cosas que no han venido á mi noticia.

D. Sancho, su hijo, á quien llamaron el Bravo, parece haber sido hombre docto, por la costumbre que tenía de hallarse en las disputas literarias que en los Capítulos provinciales de los frailes en su reino había, como parece por su historia y por el libro que escribió á su hijo D. Hernando el IV, dándole consejos como se hubiese de haber en la gobernación de su reino, el cual libro está en San Lorenzo el Real, escrito de mano. Hay también algunas cartas de él elocuentes y sabias, como es una de que yo tengo traslado, escrita á D. Alonso Perez de Guzmán, alcaide de Tarifa, sobre la muerte que dieron los moros á su hijo cuando él les arrojó el cuchillo.

El rey D. Enrique el Enfermo, tercero de este nombre, aunque no escribió, que yo sepa, traslado ninguno, de su historia se entiende

que tenía consigo hombres doctos, y que era curioso de saber cosas, pues envió á dos por embajadores á Jamarhegne, nó á otro intento sino por saber las cosas de Oriente.

La reina católica doña Isabel de este nombre, fué la valerosa, como todos saben. Entre otras excelencias suyas, procuró estudiar latín, y para esto tuvo consigo á Beatriz Galindo, noble mujer que llamaban la latina, cuyo hospital hoy dura en Madrid con este nombre. Mandó á Antonio de Nebrija, á quien favoreció mucho, hiciese una gramática de la lengua española, la cual hizo y la dedicó á la Reina, obra singular y que debiera ser estampada muchas veces.

NOTA. El autor de este escrito, cuyo nombre ignoramos, trató sólo de los Reyes de Castilla, en cuyo caso aún está falto de noticias, ó ignoraba la historia de los reyes de Aragón, donde se hallan algunos Reyes poetas y literatos, entre ellos D. Pedro I, Pedro II, D. Alfonso I, Pedro III, Juan I, y también la de los Reyes árabes, entre los que se cuentan el famoso El Mamun y otros, cuyas obras, unas ya eran conocidas en el siglo XVI, de cuyo tiempo parece ser el anterior informe, y otras, aún inéditas, que existen en la Biblioteca Nacional de Madrid.

(Del semanario de escritos antiguos coleccionados por D. Basilio Sebastián Castellanos.)

A SANTA TERESA DE JESUS EN SU CENTENARIO

SONETOS

¡Emporio del saber! ¡Alma gigante!
¡Sublime corazón! ¿Quién ha podido
conquistar, como tú, para apellido
el Nombre Excelso de Jesús amante?
¿Qué esfuerzo de querer era bastante
en este valle de impiedad henchido,
para mirar á tu Jesús rendido
de tu virtud angélica delante?
¡Honor al sol del cielo castellano!
¡Prez al amor que, en su poder seguro,
diera á su Dios el corazón entero!
¡Teresa celestial! Vate cristiano
por tu amor á Jesús eterno y puro,
con todo el corazón te amo y venero.

Tuyas hiciste, virginal Teresa,
las glorias de la Cruz. Tú en el camino
del Gólgota Inmortal ves el destino
que á el alma de los justos embelesa.

Cabe tu Redentor humilde y presa
en los encantos de su amor divino,
le acoges en tu seno peregrino
por su mágica luz hecho pavesa.

Siempre suya, del Orco vencedora
sobre el torrente del error profundo
alzas un día tu radiante vuelo;

Y, grande en todo, celestial doctora,
al asombrar con tu saber al mundo,
haces gozar con tu virtud al cielo.

TIMOTEO DOMINGO PALACIO.

SAN AGUSTÍN.



Valerio Augustino, después San Agustín, nació en Tagasto, ciudad del África, cerca de Hipona donde murió.

Era hijo de un pagano llamado Patricio y de Santa Mónica, excelente madre cristiana.

Fué una de las lumbreras del cristianismo.

En Madaura, en Cartago, se entregó desde luego á los estudios profanos, como también á las locuras propias de la ardiente y apasionada juventud, figurando por espacio de nueve años como discípulo de los maniqueos.

Disgustado al cabo de sus doctrinas, la duda vino á imperar en su alma y dudaba de todo.

Profesor de elocuencia, acreditado ya en Tagasto y Cartago, pasó á Roma, en donde por recomendación del prefecto Símaco recibió la misión de enseñar en Milán.

La benevolencia de San Ambrosio, sus ejemplos y predicaciones, las lágrimas y ruegos de Santa Mónica alcanzaron la conversión del que después ha merecido el alto dictado de *Aguila de la Iglesia*.

Así que hubo recibido las aguas del bautismo por mano de su director espiritual el famoso San Ambrosio, cuando ya contaba treinta y dos años de edad, regresó á su patria.

Allí Valerio, á la sazón obispo de Hipona, no sin que titubeara algún tanto, le obligó á recibir las sagradas órdenes y le recomendó especialmente que frecuentara la cátedra del Espíritu Santo. De predicador pasó á ser coadjutor del Obispo, en 395, y hasta el fin de sus días por sus notables obras, por su correspondencia universal, por sus cotidianas y bien sostenidas luchas contra las herejías del suyo y de todos los tiempos, no dejó ni dejará de ser el representante más ilustre de la Iglesia católica.

Sus luchas fueron tanto más importantes cuanto que en aquellos momentos el imperio romano se desmoronaba cayendo á los golpes de las naciones bárbaras.

El vió á los vándalos arrasar el África, hizo que su amigo el conde Bonifacio volviese á la senda del deber y sucumbió en el sitio de Hipona alentando á sus defensores.

San Agustín combatió con severidad y energía las doctrinas de los maniqueos, los excesos de los donatistas y la temeridad de los pelagios ó pelagianos; humilló y puso al hombre á las plantas de Dios, apartándole completamente del mundo, reino del pecado; presentándonos las ruinas de los imperios de la tierra, viene á probar que nuestra patria única y verdadera está en el cielo, y que la *Ciudad de Dios* es el solo objeto á donde deben encaminarse nuestras aspiraciones.

Así, pues, sus doctrinas contribuyeron ne poco al desarrollo de la vida contemplativa, á la fundación de los monasterios, á la santificación de nuestra efímera existencia; sus ideas acerca de la gracia divina ejercieron una poderosa influencia en los hombres de la Edad Media; exageradas y comentadas en los tiempos venideros, sirvieron de arma de combate al protestantismo y al jansenismo.

Puede afirmarse que no hay padre de la Iglesia cuyas obras tengan mayor importancia,

que hayan sido más estudiadas y admiradas, ni que hayan dado pábulo á mayor número de ideas é interpretaciones.

El vasto y flexible génio de San Agustín lo abraza todo: metafísica, historia, antigüedades, ciencias y costumbres: con igual facilidad escribe sobre la música que sobre el libre arbitrio; sabe analizar las facultades del humano talento, y más que todo juntar y profundizar las pasiones del alma.

La afectación y la sutileza son en él defectos de su tiempo y de su país natal; pero á pesar de esto, su elocuencia es sencilla, muchas veces atrevida y llena de sentimiento.

No nos es posible enumerar todas sus obras; pero las más notables son: *Las Confesiones*, los *Tratados acerca de la gracia y del libre arbitrio*, la *Ciudad de Dios* y sus numerosas epístolas y sermones.


x.

LA AMBICIÓN

A un monte una vez subí,
Y de cansado me eché;
Mas luego que lo bajé,
De confiado caí.
Déjame, ambición, aquí,
Hasta morir descansando.
¿Qué ganaré ambicionando
Si cuanto más suba, entiendo
Que me he de cansar subiendo,
Y me he de caer bajando?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA

OMO quiera que tenemos publicada la biografía de la Santa compatriota de España, Teresa de Jesús, y hecha minuciosa referencia de sus inspiradas obras, al reproducir su grabado con el fin de conmemorar las fiestas del tercer centenario de su gloriosa muerte, nos vamos á limitar á transcribir varios pensamientos de la ilustre reformadora del Carmelo, sacados del libro de su vida.

Hélos aquí:

— «Gran merced hace Dios á quien pone en compañía de buenos.

— Lo que destruye la vida espiritual es el hacer poco caso de pecados veniales.

— Lástima hacen los que siguen el mundo aunque sea en cosas lícitas.

— Muchas veces he visto claro no dejar el Señor de pagar, aun en esta vida, ningún deseo bueno.

— Por hacer bien, por grande que sea, no hemos de hacer un pequeño mal.

— Andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos á otros, los que le sirven, para ir delante.

— Crece la caridad con ser comunicada.

— Para caer hay muchos amigos que nos ayudan; y para levantarnos, nos hallamos tan solos, que me espanto cómo no estamos siempre caídos.

— Todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios.

— Aprovechábame también ver campos, agua, flores; en estas cosas hallaba memoria del Criador.

— La verdadera devoción es no ofender á Dios, y estar dispuestos y determinados para todo bien.

— Toda la falta nuestra está en no tener por perfección el verdadero amor de Dios, que trae consigo todos los bienes.

— ¡Bienaventurados trabajos que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan!

— Con tormentos y otras muchas tentaciones quiere el Señor probar á sus amadores y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle á llevar la cruz, ántes que ponga en ellos grandes tesoros.

— Somos tan miserables, que esta encardita de esta pobre alma participa de las miserias del cuerpo y mudanzas de los tiempos.

— A mi parecer el tener letras es un grande tesoro para este ejercicio de oración, si son con humildad.

— Su Majestad es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí.

— Es gran virtud tener á todos por mejores que nosotros.

— Las cosas de oración todas son difíciles, y si no se halla maestro, muy malas de entender.

— Hemos de mirar que el maestro sea tal, que no nos enseñe á ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma á sólo cazar lagartijas.

— Mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquiera cristiano procure tratar con quien tenga buenas letras, si puede, y mientras más, mejor.

— De devociones á bobas nos libre Dios.

— Los demonios temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida.

— Seamos todos locos por amor de quien por nosotros se lo llamaron.

— ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes!...

— En pieza á donde entra mucho sol de Dios, no hay telarañas de defectillos escondida.

— Las lágrimas todo lo ganan; un agua trae otra.

— Si con dineros se pudiera comprar el verdadero bien, podrían tenerse en mucho; pero se ve que este bien se gana con dejarlo todo.

— Muchas veces se procura con los dineros el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin.

— ¡Qué concertado andaría el mundo, qué sin tráfigos, con qué amistad se tratarían todos, si faltase interés de honra y de dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

— Uno de los mayores trabajos de la tierra, es contradicción de buenos.

— Aunque algunas religiones se hayan relajado, ó mitigado, no pensamos que en ellas se sirva poco al Señor. ¿Qué sería del mundo si no fuese por los religiosos?

— Entre señores, el criado más favorecido ha de ser el malquisto de los demás.

— El señorío es una sujeción; y una de las mentiras que dice el mundo, es llamar señores

á personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas.

— Es conocida la verdad del mérito que se gana en sufrir persecuciones.

— ¡Oh! si mirásemos con advertencias las cosas de nuestra vida, cada uno vería con experiencia en lo poco que se ha de tener contento ni descontento de ella.

— En los mayores trabajos y contradicciones está la ganancia.

— Los que acá tenemos por señores, todo el señorío ponen en autoridades postizas.

— Es razón que un rey tenga estas autoridades postizas; porque si no las tuviese, no le tenían en nada; porque no sale de sí el parecer poderoso; de otros le ha de venir la autoridad.

— ¡Dichosas vidas las que se acabaren en defensa de la Santa Iglesia!

— El verdadero señorío, es no poseer nada.

TERESA DE JESÚS.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO



LIJÁNDOSE en las figuras que representa el regalo que acompañamos al presente número, cualquiera vendrá á conocimiento de que los padres de los pequeños músicos que en el mismo se dibujan, no están en la casa; pues el duo de tambor y violón y las voces estentóreas que lanzan para burlarse de su hermana, que estudia al piano el aria de *Lucía*, no pudieran soportarlo ni los sordos, á tres kilómetros de distancia.

El entusiasmo de los artistas crispa verdaderamente los nervios; y eso quiere expresar con su ademán suplicante la hermanita mayor.

— ¿Cómo quereis que estudie, si no me dejais oír una nota?

— Si nos hubiera llevado mamá, te ahorrarías la serenata.

— ¿No veis que los vecinos se quejarán de tal escándalo?

— Pues déjanos salir al jardín y callaremos.

— Me lo tiene prohibido mamá, porque no dejáis con vida una maceta.

— Pues siga la música.

Y el estridente rechinar del arco y el ruidoso sonar del redoblante, unidos á las voces y á los gritos descompuestos, convertían el gabinete de la casa en una verdadera celda de la de Orates.

La paciencia de la niña, que era una señorita por extremo juiciosa y considerada, se iba agotando, y tuvo al fin que trocar la reflexión por la amenaza, diciendo:

— Vaya, caballeritos, para evitar en lo sucesivo estos excesos, lo pondré en conocimiento de papá en cuanto asome por la puerta, pues de algún modo tengo yo que disculpar el no haber aprendido mi lección. Si vosotros sois díscolos y desaplicados, á mí me importa mucho llenar mi obligación y dar idea de mi respeto á nuestras queridos papás.

Pero la reflexión de la juiciosa niña no producía eco en el ánimo de los dos pequeños diablitos, y en tal situación los encontraron sus padres, que llegaron jadeantes desde el portal de la casa, para imponerles silencio con ademán airado.



SANTA TERESA DE JESÚS.

Ellos y los fatales instrumentos rodaron por el suelo y nunca más se les permitió penetrar en el gabinete. Envióse un recado expresivo al colegio para que no se les permitiera holgar los juéves por la tarde y todos los mimos y caprichos que antes disfrutaban, trocáronse desde entonces en severidad y estudiadas privaciones.

Consecuencias de su travesura.

DOROTEO ALEMÁN.

LA CAIDA

FÁBULA

*Aunque ocupes alto puesto
no debes nunca tener
la cualidad de inmodesto,
porque se halla muy expuesto
el que está en alto á caer.*

Un prójimo que tenía las trazas de un renacuajo subióse á una torre un día, y osadamente escupía á los que estaban debajo.

Quienes las bromas pagaban de aquel audaz enemigo juraban y perjuraban, y además le amenazaban con un ejemplar castigo.

Uno que fácil creyó dar fin á tales reyertas, ir á la altura intentó; pero de la torre halló cerradas todas las puertas.

Viendo que no con presura era fácil poner fijo término á ofensa tan dura, al que se hallaba en la altura con gran cólera le dijo:

— «Quizás pronto un juez severo castigue tu audacia loca.»

Y contestó el marrullero:

— «¡Tengo yo mucho dinero para taparle la boca!»

— «No importa; te hemos de ver en la calle... ¡y ay de tí si te podemos coger!»

— «Eso es difícil de hacer porque no salgo de aquí.»

Y el maldecido, empeñado en obrar de un modo injusto, sacó el cuerpo demasiado con el objeto malvado de escupir más á su gusto.

Pero de pronto ocurrió otro accidente que al cisma un triste término dió: el de la altura cayó al pié de la torre misma.

Y alguien, al ver un fracaso tan sorprendente y funesto, dijo con juicio no escaso:

— «Aprendan en este caso los que ocupen alto puesto.»

ALVARO ORTIZ.

EPISODIOS BÍBLICOS

I



ERA una mañana brillante de primavera.

La estación de los calores avanzaba de tal modo, que ya las familias buscaban

el ambiente de las madrugadas, como para satisfacer una necesidad higiénica.

El sitio más ameno para esos placeres en Madrid, es harto conocido de todos; el Retiro.

Por la casa de vacas, la ría de patinar, el embarcadero, el estanque chinesco y la infinidad de plazoletas que allí se encuentran, engalanadas por los encantos de la naturaleza y del arte, veíanse discurrir, alegres y retozonas, multitud de parejas de ambos sexos; tipos diversos en condición y edad.

En el Parterre, lindísimas criaturas de distinguido porte, corrían tras los aros de casca- beles, saltaban animosas con las combas ó jugaban á la gallinita ciega.

En el paseo destinado á los carruajes, veíanse elegantes damas, reclinadas sobre muelles y lujosos landós, ó trotando briosos corceles, acompañadas por el aristocrático dandy ó por el prudente jokey.

Las dulces y sublimes notas de las golondrinas completaban la armonía, también sublime de la vegetación y de las corrientes de aquella atmósfera, embriagada de perfumes.

En la plaza del Pino, destacábase en uno de los bancos rústicos el rígido semblante de un anciano eclesiástico que amonestaba frecuentemente á la obediencia á dos parvulillos.

Los niños arrojaban chinitas sin consejo, valiéndose de los pañuelos como de honda.

— Si escucharais con atención, yo os referiría las ventajas de la obediencia, dijo el sacerdote, con ánimo de distraerles de aquel arriesgado ejercicio.

— Un cuento, padre Anselmo, le replicó el más alto, y no nos moveremos de su lado.

— Acercaos y escuchad.

Los dos niños obedecieron como por encanto, sentándose uno á la izquierda y otro á la derecha del eclesiástico, sin permitirse interrumpir un solo acento del preceptor.

Siempre aprovechaba este reverendo eclesiástico los momentos de sumisión para inculcar en las almas de sus educandos el sentimiento de la verdad, y dominando en aquellos instantes el carácter inquieto de los dos niños, dijo:

— Voy á referiros, aunque ligeramente, algunos episodios bíblicos que son una lección elocuente de virtud; episodios que os enseñarán á un tiempo geografía, historia y moral. Oid.

Decía, niños míos, un filósofo latino: «la primera lección que des á tus hijos, que sea de obediencia, porque si llegan á aprenderla, la segunda será de lo que tú quieras, con lo cual les habrás educado para el bien.»

Y así es la verdad.

Ved un ejemplo claro.

Hay en la Arabia un frondoso valle que se llama de Oreb, valle ameno al pié de un elevado monte, circundado por varios caseríos, que se destacan entre la exuberante vegetación de aquellos contornos.

A la extrema izquierda del valle, sobre una alegre colina, blanqueaba, como si fuera de nieve, una humilde casita que habitaba la familia Jetró; Jetró, el venerable sacerdote de Madian.

El encanto de la familia era la vida pastoril.

Moisés, yerno de Jetró, apacentaba, en el valle su ganado, mientras Séphora, esposa de Moisés, prodigaba á su anciano y enfermo padre la asistencia más esmerada, con el auxilio de sus dos hijos Gersam y Eliezer.

Descansaba Moisés á la sombra de un crecido sauce, contemplando á solas la lozanía de las plantas y el panorama que presentaban las sinuosidades de aquellos cerros con el diáfano azul de los espacios, cuando de pronto, una intensa hoguera llamó su atención.

Era una zarza que ardía sin cesar.

Moisés corrió hácia el lugar del fuego y escuchó una voz que le dijo:

— «Moisés, Moisés, detente y deja el calzado, que está santificada la tierra que pisas.»

El pastor obedeció sin vacilar, cubriéndose el rostro con las manos.

— «Alza los ojos y escúchame.»

Prosiguió la voz sonora de un ser puro, imaterial.

— «Yo soy el señor de Abraham, de Isaac y de Jacob; me he compadecido de los males que sufren tus hermanos, y tú eres á quien he elegido para libertarles de la esclavitud y conducirles á la tierra de Canaán, que tengo prometida á sus padres. Vuelve sin tardanza, á la corte de Faraón é intímale que los deje salir de Egipto. Bastará que les digas:

«Mirad que me envía el Dios de vuestros padres.»

«Junta á los ancianos de mi pueblo, diles que te he visitado y oirán tu voz. Con el cayado que llevas debajo del brazo obrarás prodigios á presencia de Faraón, si fuere necesario.»

No dudó un momento el libertado de las aguas; pero creyendo difícil el encargo de hablar y discutir con Faraón, puesto que era tartamudo, se atrevió á suplicar lleno de unción.

— Ruégoos, Señor, que me deis un compañero más elocuente que yo.

— Aarón, tu hermano, saldrá al encuentro, y cuando te vea, se alegrará de corazón.

Y el eco desapareció.

Moisés permaneció largo rato con la rodilla en tierra, y cuando se repuso del placer casi letárgico que le había producido aquella grata visión, oró con fervor sincero y besó emocionado las plantas y las flores, obra de la creación.

De una rápida ojeada recorrió la historia toda de los Faraones y su propia historia; con un sólo pensamiento abrazó las emociones de la despedida que había de hacer de su familia; el recuerdo de su hermano, de cuya existencia había dudado hasta entonces; la magnitud del encargo que se le acababa de confiar y más que todo, la dicha inefable de haber escuchado la palabra de Dios.

Su fé, siempre inquebrantable, le prestó alientos y en alas de sus dulces sensaciones, se encaminó paso á paso hacia la cúspide de la colina, dejando correr por sus mejillas más de una lágrima de grata satisfacción.

La primera persona que le salió al encuentro cuando dominó la altura, fué su mujer y seguidamente después sus dos hijos, que sospecharon desde luego alguna desgracia, al verle penetrar en la casa sin el ganado y á hora desusada.

Moisés les estrechó fuertemente y asido de las manos de Séphora y de sus hijos, penetró hasta el lecho en donde reposaba Jetró.

Renuncio á describiros, niños míos, la escena que allí surgió al dar cuenta Moisés de la divina visita y de su partida para la antigua Tanais. Básteos saber que aquella familia era por extremo religiosa y que jámas contrarió las disposiciones del virtuoso pastor.

La familia de Moisés, aunque transida de dolor, otorgó sin querellas su consentimiento, y Moisés partió para la corte de Faraón.

Bien poco tiempo llevaba de camino, cuando á favor de los reflejos del sol, que ya tocaba á su ocaso, percibió el contorno de un hombre que, á medida que avanzaba, pudo colegir que era hebreo, juzgando por el traje.

— Salud, venerable pastor.

— Salud, israelita.

— ¿Conoceis, por ventura, á un hombre que hace cuarenta años pisó esta tierra, procedente de Egipto, se enlazó con Séphora, hija del sacerdote Jetró y que lleva por nombre Moisés?

— Le conozco, replicó Moisés, recelando de su interlocutor.

— ¿Teneis la bondad de decirme su paradero, si le sabeis?

— No está lejos de aquí. ¿Conoceis su historia? Dicen que es un hombre extraordinario.

— ¡ Ah! si; muy extraordinario: conozco su historia desde su nacimiento hasta que abandonó el país que le vió nacer. Despues sé que apacienta un rebaño en estas inmediaciones.

— Vive de milagro ¿no es verdad?

— Si; su amante madre, ántes que entregarle á la cuchilla del verdugo, cuando Faraón pronunció fallo de muerte para los hijos varones, fabricó una pequeña barquilla de mimbres, que embetunó convenientemente, y le abandonó á su propia fortuna, arrojándole al Nilo; pero la barca flotó con felicidad, hasta que, saliendo á bañarse la hija de Faraón, la princesa Thermutis, la hizo sacar de las aguas, y viendo encerrado en ella un hermoso niño, le mandó criar, sin que el rey, su padre, descubriera el secreto.

Ese niño se educó más tarde en el palacio del rey, hasta que...

— ¿ Y tiene aún familia?

Preguntó Moisés al viajero, como el que quiere dar giro distinto á la conversación.

— Una hermana, en Egipto.

— ¿Cómo se llama?

— María.

— ¿Y nadie más?

— Sí, otro hermano, que tiene tres años más que él.

— ¿Qué profesion ejerce?

— Peregrina por tierras para él ignotas.

— ¿Cual es su nombre?

— Me llamo Aarón, para lo que gustéis mandar.

Los dos hermanos se miraron tierna y profundamente y movidos por un mismo impulso se dieron un estrecho abrazo.

Aarón besó, sollozando, la frente de Moisés, admirando aquel humilde exterior, su blanca y prolongada barba, su faz rugosa y severa.

Y mil curiosas preguntas se cruzaron de una á otra parte, hasta el momento de expli-

car Aarón las causas originarias de su viaje. Oidlas.

— «Una noche, decia, después que los habitantes de Egipto habían terminado sus tareas ordinarias y se retiraron á sus casas, una densa nube se mecía sobre nosotros; á poco, los rayos se chocaron en la esfera, y no tardaron en dejarse sentir los efectos del fluído destructor; una de las mejores obras que habíamos terminado quedó reducida á cenizas, sufrieron mucho el granero público de Egipto, en donde se custodiaban los tesoros del rey, las fortalezas de Phiton y de Ramesses y una de las famosas pirámides: una multitud de seres pereció envuelta entre los escombros, tostados por el fuego.

Sin embargo, ninguno de los edificios de la propiedad de Israel cayó al suelo, ni padeció la más ligera lesión ninguno de sus hijos.»

—Providencial, evidentemente Providencial, murmuró Moisés.

— « Cuando los truenos cesaron, continuó Aarón; cuando ya no se percibía el fulgor siniestro y rojizo del relámpago, un sueño profundo se apoderó de mí, y en mi fantasía, digo mal, porque después desperté y toqué la realidad, vi y oí á un mensajero del Eterno, que me decia:

« Vé al desierto, y en el valle de Oreb hallarás á tu hermano... Acompañale, que esa es la voluntad del Señor, tu Dios.»

— ¿Y qué más?

Preguntó Moisés, con visible impaciencia.

— Dicho esto, desapareció:

— ¿Y no vacilaste?

Nada; obedecí ciegamente el supremo mandato: En cuanto rayaba el alba me despedí de mi mujer y de mis hijos y aquí me tienes, venerable hermano.

— Muy bien, virtuoso varón; yo también tenía certeza de esta entrevista; ya te explicaré: volvamos á Egipto y cumplamos las órdenes del Señor.

La obediencia de Moisés y de Aarón, libértó más tarde á los israelitas de la esclavitud de los Faraones, después de castigar su soberbia con las conocidas plagas, de cuyo hecho os hablaré en otra ocasion.

Sed, pues, obedientes; practicad las virtudes y vencereis los obstáculos temporales, haciéndoos dignos del Creador.

— Siga V. padre Anselmo, siga V., dijeron los dos niños animados del mismo deseo.

— Es ya tarde y tenemos que regresar á casa, donde nos espera papá: procuraré complacerlos en la próxima leccion.

VICENTE D. BORDANOVA.

LA MERCED Y EL AGRADECIMIENTO

Tenía Fortunato,
Niño de índole buena,
En una jaula de oro
Una avecilla tierna.

El ave noche y día
Piaba con tristeza,
Hallando insoportable
La estrechez de las rejas.

Y el niño compasivo
Le abrió la portezuela,
Y libertad al darle,
Le habló de esta manera:

— Recobra, pajarillo,
La ansiada libertad:
Me apiado de tu pena;
Sal de tu cárcel, sal.

Ya puedes por el valle
Correr libre y fugaz,
Y en la arboleda y selva
Tus cánticos trinar.

Del uno al otro ramo
Ligero revolar,
Piando cariñoso
Por tu cara mitad.

Y en la argentada orilla
Del fresco manantial,
Con agradable baño
Tu pecho regalar.

No te dieron los cielos
Para en rejas cantar,
Sino en las anchas vegas
Al céfiro fugaz.

Pues, avecilla tierna,
Me dejas y te vas,
No olvides que me debes
La vida y libertad.

Yo te traje del nido
Con amante piedad,
Cuando tu alita implume
Era al vuelo incapaz.

Muertos tus padres tiernos,
Y en mísera orfandad,
Entre rigores tristes
Te vieras espirar.

Te dí grato alimento,
Te crié con mimo tal,
Que nunca echaste menos
El seno paternal.

Cuando afanoso vuelas
Feliz, libre y vivaz,
No fies de las ramas
Donde el alpiste está.

No atiendas del reclamo
Al cántico falaz;
Que es todo engaño artero,
Lazos para tu mal.

Adios, ave graciosa,
Adios, cara deidad,
El cielo te preserve
Del infeliz azar.»

El ave agradecida,
No olvidó tal fineza,
Y todas las mañanas
Volando placentera,

De un árbol á otro árbol
Llegaba con presteza,
A un manzano que se alza
De la estancia á la puerta,

Do descansaba el niño,
Y grata cantinela
Trinando y repitiendo
Con voz suave y leda.

Daba infinitas gracias
Y hacia humilde muestra
De gratitud profunda,
Con piadas halagüeñas.

Del bienhechor amable
A la mano benéfica,
Que su infancia cuidara
Y libertad le diera.

El niño fué bondadoso
Y el ave fué agradecida;
Y ambos ejemplo precioso
Que ha de imitarse en la vida.

MANUEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ.

LAS EDADES

POR DON FAUSTINO JOUVE

I

LA INFANCIA



Epígrafe, mis infantiles lectores, con que título este humilde artículo, está basado y en relación tan directa con vosotros, á quienes lo dedico, que abriego la esperanza de que si me dispensais la distinción de leerle, habréis de apadrinarlo, siquiera no sea más que por la noble misión que me guía. Espinosa es la tarea; pero confío en vuestra indulgencia.

Las edades, mis queridos niños, por que en este erial camino de la vida humana pasa el mortal, se distinguen con los nombres de *la infancia, la juventud, la adolescencia y la ancianidad*: nombres que podríamos sustituir con otros, pero que omitimos, en razón á ser sinónimos de los primeros, debido á la riqueza de nuestro idioma.

Al hablaros del período conocido por el de la infancia, os diré que únicamente cuando os halleis en otro que os permita reflexionar con más provecho y juicio, podréis comprender los inmensos sacrificios que vuestros padres habrán hecho, desde el día de vuestro nacimiento, hasta que hayáis cumplido siete años, porque ahora no podríais apreciarlos en su verdadero valor. Todo el esmero y cariño que han dedicado á vosotros, no conocen límites. Los desvelos y privaciones desplegados por vuestra existencia, no tienen rival: por esto se dice con justificado fundamento, que el amor maternal no se asemeja á ningún otro amor; es singular, es más: hasta carece de nombre, porque despojado de todo egoísmo, desinteresado y puro, jamás espera ninguna recompensa, á imitación del de aquella Santa Madre, que vió espirar al Hijo querido en la escabrosa cumbre del *Gólgota*.

El corazón de una madre, que es todo inagotable fuente de amor, siempre encuentra motivos para derramar lágrimas de dolor ó de alegría... Si el hijo es presa de algún quebranto ú enfermedad, pasa noches enteras á su cabecera velando su intranquilo sueño: si por el contrario alcanza algún premio en el colegio ó disfruta de otra análoga satisfacción, la impulsa á verter lágrimas de ternura... ¡Cuán grande, cuán poderosa y sublime es la influencia que este amor ejerce al considerarle bajo el prisma de la más pura y elocuente abnegación!...

Por idénticas apreciaciones se patentiza el amor paternal: entre ámbos, padre y madre, á cual más solícitos, por todos los medios imaginables se dedican con inusitado afán á vuestra crianza y educación, con la esperanza únicamente de que el fruto de sus desvelos os haga corresponder como buenos.

Tarea interminable sería — si no imposible — si me propusiese referiros uno por uno

los sinsabores y penalidades que durante vuestra niñez causáis á vuestros padres, durante el período de lactancia; después en el de la dentición, al que generalmente siguen padecimientos propios de la edad, que los obligan á estar siempre en constante alarma y desvelo.

Pero trascurrida esta azarosa época, llega otra más placentera que viene á constituir el encanto del cariño maternal: cuando con insegura y vacilante planta, ven que dáis el primer paso, excudados de la indispensable chichonera y andadores, al mismo tiempo que oyen que balbuceáis las primeras palabras, con ese candoroso é infantil lenguaje, á veces sólo inteligible para ellos, que celebran con inmensa alegría contestado con ardientes besos en vuestros nacarados lábios y sonrosadas mejillas.

A tan fausto acontecimiento, sigue otro, si cabe, mucho más plausible, y es el que tiene lugar el día en que os visten de *corto*... Este, además del singular placer que les causa el veros recorrer poco á poco las habitaciones de la casa, les recompensa en parte de los anteriores desvelos, y es lo que — digámoslo así — forma la risueña é indescriptible epopeya del hogar doméstico. Y cuando trascurridos tres ó cuatro años, ven que os váis acercando á la edad de prepararos para los primeros rudimentos, que más tarde han de constituir vuestra brillante educación, su alegría es extraordinaria.

Por último; vosotros, adornados de las angelicales bellezas con que os dotó Naturaleza, sois siempre las delicias de vuestros padres, así en sus penas como en sus satisfacciones, como alguno de vosotros habréis tenido ocasión de observar — á pesar de vuestros pocos años — que por grandes que sean las contrariedades y disgustos que los aflijan, al cubriros de besos y estrecharos entre sus brazos, la triste fisonomía se convierte en halagüeña, brillando en sus ojos la expresión de la más arrebatadora alegría... Tal es la influencia que las infantiles gracias ejercen sobre los corazones de los que os dieron el sér...

¡Dichosa, feliz edad que desconoce motivos de sentir ni de padecer, y en la que — aun cuando con frecuencia derramáis lágrimas — seguramente que no las verteréis del corazón!

II

LA JUVENTUD

Descrito á grandes rasgos lo que sois en el primer período de la vida humana, os hablaré del que sigue, que es el de la juventud; eslabón ó cadena que une el un período al otro, para que podáis presentaros poseídos de mayores conocimientos y estudios.

Empero si he de hablaros con franqueza, éste en vosotros es el de la edad más espinoso, y no lo es menos para vuestros padres, para quienes entraña otra série de cuidados y sacrificios de mayores trascendencias, obligándolos á desplegar un desmedido celo si han de daros una esmerada educación, cualquiera sea el sexo á que pertenezcáis. Si varón, los estudios necesarios hasta colocaros en condiciones de que obtengáis un brillante título, ó cuando menos, de bien aprovechados. Si hembra, los indispensables, así en las referentes á los de las faenas domésticas, como en los relativos á

los de adorno; para que si un día tenéis que tomar estado, la que ha sido obediente, aplicada y buena hija, sepa llenar debidamente los deberes de madre en cualquier terreno y posición de la vida social.

Mas para salir airoso de las diversas alternativas que lleva consigo el período de la juventud — el más peligroso á mi entender — requiere, además de una buena inclinación por parte de vosotros, que procuréis huir siempre de malas compañías, cultivando aquéllas de que podáis imitar ejemplos de buenas costumbres y aplicación. De este modo llegaréis á realizar la obra fundamental, sobre cuyas sólidas bases, no será dudoso logréis proporcionaros un risueño porvenir.

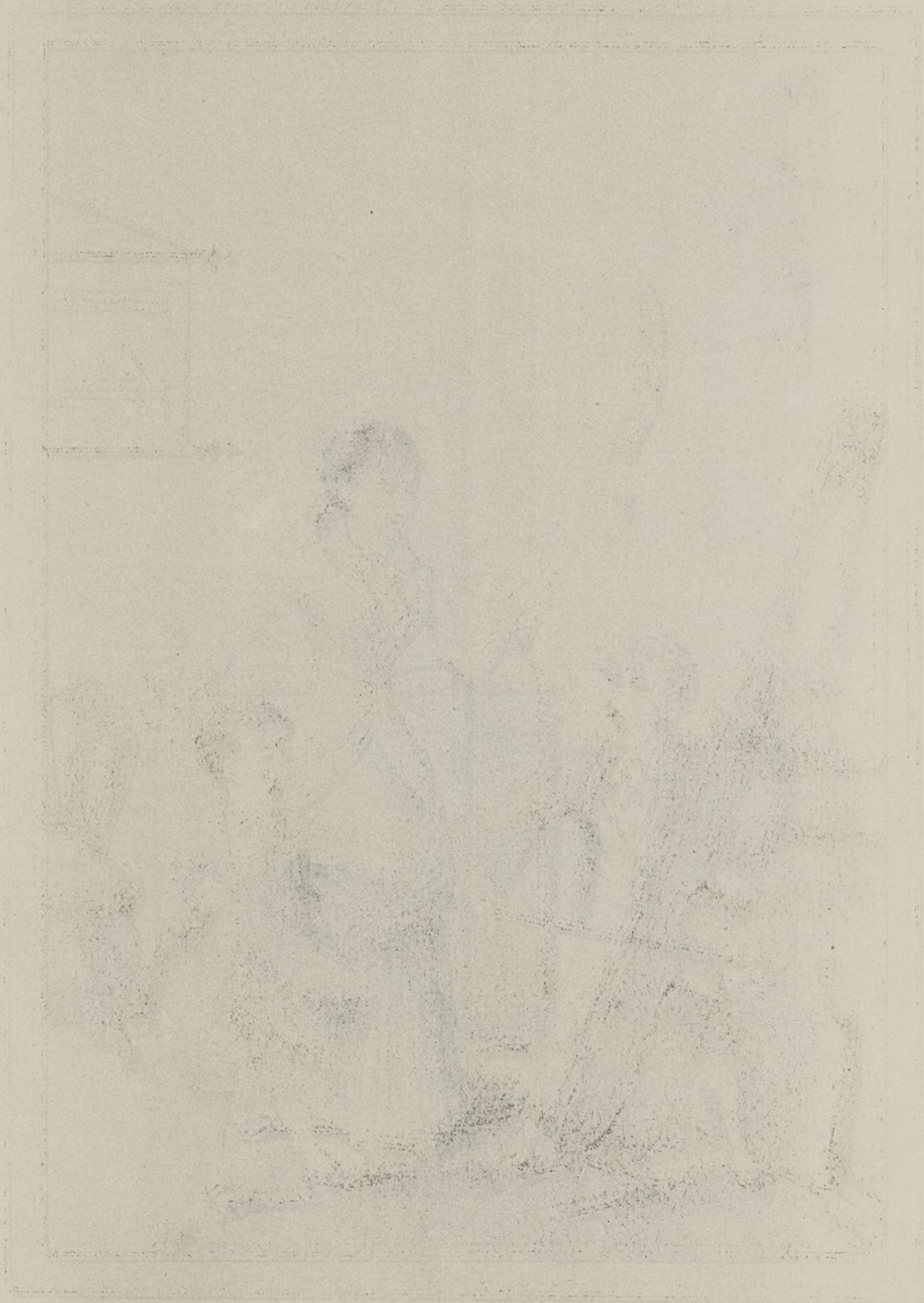
Evitad rencillas ó quimeras entre vuestros condiscípulos, ya por efecto de la envidia — que es el más censurable entre los defectos morales — ó bien por otras causas que siempre suelen traer lamentables consecuencias. Si en cualquiera de vuestros compañeros notáis algún defecto físico, no le motejéis, ni os moféis de él con burla ni chacota; ántes por el contrario, distinguidle más con vuestro aprecio; miradle con consideración y compadecedle; porque además de ser de almas nobles y bien nacidas conducirse con nobleza con los desgraciados, al burlaros de vuestro semejante, no por esto estáis libres de que mañana — por cualquier incidente de la Providencia — tengáis que lamentar lo que habéis motejado en los otros. Huid de toda clase de juegos, que cuando menos os robarán un tiempo precioso que ya no vuelve; y sobre todo, huid de los prohibidos, porque éstos contribuyen siempre á un total abandono de los estudios, enjendran malas costumbres, desobediencia, y por último, son el escabel que conduce á la pendiente de crímenes, que llevan en pos de sí el descrédito, la ruina de vosotros y la de vuestros padres.

Ya os dije al principio de este capítulo que es el período de la edad más espinoso: la juventud generalmente no se adapta á un pensamiento fijo ni concreto, porque su no sentada madurez ni reflexión se opone á ello; semejante á la mariposa que, volando de flor en flor, ofuscada ante la variedad de bellísimos colores, obedece á su instinto sin fijarse en ninguna.

Por estas y otras poderosas razones, os recomiendo que seáis obedientes y aplicados; que no os mostréis orgullosos para con vuestros condiscípulos, porque nada más plausible para captarse la general simpatía, que cuando reviste los actos de cualquier individuo, una modestia no estudiada. Por esta senda, á no dudar, podréis compensar en parte los desvelos y sacrificios de vuestros padres, quienes, en ocasiones, se habrán visto obligados á reducir los gastos de la vida material para sufragar los de libros, matrículas y demás que emplean en beneficio vuestro. Pues si la abnegación paternal á tanta y á tan desinteresada altura raya, ¿qué mucho que el hijo — aun cuando no sea más que por agradecimiento — cumpla cual corresponde á sus filiales sentimientos? Esto es lógico, porque obedece á la ley de la naturaleza.

(Se continuará.)

TIPOGRAFIA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.



LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.



MÚSICA

Ayuntamiento de Madrid